ejemplo, significan acertadísimas y singulares aportaciones para el conocimiento psicológico de estos personajes, encuadrados en su época.

Alborg no retrocede ante cualquier novedad expresiva, desde la incorporación de voces vulgares como «cachondeo» o refranes como «aquellos polvos trajeron estos lodos», hasta metáforas y comparaciones de tipo conversacional como cuando dice «delirios que no son menos reales que un dolor de muelas». Tampoco vacila en hacer paralelos entre fenómenos literarios dieciochescos con otros de nuestro tiempo, y así en la página 389 el lector se sorprende encontrando unos poemas de Blas de Otero, cuya apelación el contexto requería.

En resumen, un libro de importancia definitiva y al que además se agradece, sobre todas las cosas, su ausencia de pedantería y la fluidez de su discurso.—*CARMEN MARTIN GAITE (Doctor Esquerdo, número 45. MADRID.)*

ROBERT MARRAST Y EL PRIMER ALBERTI

A Angelines Sanz

Ante esta reciente edición de «Castalia» (1), colección cuyos rigor y calidad le han deparado un prestigio tan firme como rápido, cabe establecer dos líneas de consideración y comentario. Una de ellas se referiría, casi fatalmente y ante el panorama y la relectura de sus tres primeros libros —los neopopulares, reunidos y estudiados en el volumen—, a la etapa inicial de la poesía de Rafael Alberti, que es uno de los mayores, si no el mayor, superviviente de la gran generación poética «del 27», mientras que la otra vía de análisis impondría una estimación del trabajo concreto —es decir, de la edición crítica— realizado por Robert Marrast a base de esas tres obras: *Marinero en tierra, La amante* y *El alba del alhelí.*

Vamos a intentar, en un par de breves cotas, ambas aproximaciones a un autor y a un estudioso ciertamente singulares.

---

(1) Rafael Alberti: *Marinero en tierra, La amante* y *El alba del alhelí*, en edición crítica de Robert Marrast. Clásicos Castalia. Madrid, 1972.

I. ALBERTI Y SUS PRIMEROS LIBROS

Para muchos criterios, la del gaditano Rafael Alberti (Puerto de Santa María, 1902) es la voz provista de más variados registros y acentos de entre todas las de su generación, y ésta, a su vez y sin duda, una de las más calificadas y memorables de la poesía española a lo largo de los últimos siglos; huelgan nombres para poder afirmarlo así con toda comodidad.

Respecto a Alberti, el neopopularismo de sus primeras obras —que son las elegidas por Marrast en el libro que nos ocupa— deja sucesivo paso a un neogongorismo y a un surrealismo *sui generis*, y luego a un tono de más llano —y más hondo— contenido, el de sus libros de posguerra, escritos todos fuera de España y más o menos caracterizados por un diríamos «humanismo», que, sin detrimento de las acostumbradas y colosales brillanteces idiomáticas del poeta, gravita sobre ellas y, como en *Retornos de lo vivo lejano*, nos entrega un Alberti antes imperceptible o casi imperceptible, un Alberti nostálgico, meditativo, francamente dramático en muchas ocasiones. Aunque advirtamos en seguida que todos aquellos perfiles y corrientes expuestos aquí tan en corto no agotan el polifacetismo de la obra albertiana. Sin referirnos ni de paso a su teatro o a sus libros en prosa, incluso los aspectos de su poesía a que, brevísimamente, hemos aludido, se barajan y entreveran con frecuencia, junto a otros, a lo largo de dicha obra. Pero el desarrollo detenido, y aun la enumeración, de cuantas perspectivas y luces nos ofrece la poesía de Alberti en su conjunto, requiere un texto cuyas dimensiones no pretenden estos pocos párrafos. Preferiremos, pues, limitarnos a refrescar algunas claves de la voz poética inicial de Rafael Alberti, de sus posibles vigencia, virtudes y limitaciones, y a detectar en ellas, de modo más bien implícito, algunas huellas precursoras de otras y posteriores andaduras del autor.

¿Qué nos ofrece hoy, por ejemplo, a sólo un año de su cincuentenario, el primer título de Alberti, *Marinero en tierra*, libro galardonado en 1925 con el Premio Nacional de Literatura y —esto es lo que cuenta— por dictamen de un Jurado en el que figuraban un Antonio Machado o un Ramón Menéndez Pidal, junto a un Carlos Arniches o a un Moreno Villa? ¿Qué puede, tal día como hoy, perdurar y mantenerse de aquel *Marinero*, así como de los libros albertianos inmediatamente posteriores, *La amante, El alba del alhelí?* A mi honesto entender, un valor al menos sobrenada y reluce de entre cuanto al presente puedan y no puedan aportar esos tres libros a nuestra sen-

sibilidad y a nuestra tarea actuales: se trata de su lenguaje, de las extraordinarias, endiabladas luz, riqueza y facilidad de su lenguaje.

Quizá sea difícil emocionarse o conmoverse, hoy por hoy, con la gran mayoría de estos poemitas..., excepto por conducto verbal, terreno en el que un reconocimiento de las calidades meramente literarias puede llevarnos, cuando ellas posean rasgos excepcionales, a una suerte de «emoción». En el caso del Alberti inaugural, la abundosidad y la capacidad de canto dejan en un segundo término de interés hasta el eco que de una añeja y españolísima fuente nos traen: el cancionero popular antiguo, eco fundamental, sin embargo, porque de él proceden en parte. Indetenible, como borracho, el trino juvenil de Alberti, que por aquella época y abandonadas de momento sus actividades de pintor «escribió como un loco», no quiere ni puede, prácticamente, quedarse en cosa alguna y calar, profundizar, en ella. No pocas veces, verbigracia en contados instantes de los sonetos a sus antepasadas Rosa y Catalina, o en «Con él», su primer poema a Garcilaso de la Vega, el poeta roza algo que sabe muy pronunciadamente a otras zonas y dominios de la poesía, a territorios vitales, emotivos, calientes, que para uno es como decir algo no menos válido por abusado y manido: trascendentes. Veamos aquella cosita, «Trenes»:

Tren del día detenido
frente al cardo de la vía.

—Cantinera, niña mía,
se me queda el corazón
en tu vaso de agua fría.

Tren de noche detenido
junto al sable azul del río.

—Pescador, barquero mío,
se me queda el corazón
en tu barco negro y frío.

O el minúsculo, relampagueante, «Sestao», de *La amante:*

Tan alegre el marinero.
Tan triste, amante, el minero.

Tan azul el marinero.
Tan negro, amante, el minero.

Pero se diría que no tiene tiempo el joven poeta, ni lo puede dar, para hacer llegar más lejos y más adentro esas motivaciones «humanas» de orden diferente, que su obra y la vida irán más tarde

fijando y desenvolviendo. Aquí mandan la música, las jubilosas pirotecnias semánticas, la gracia y el garbo, junto a una ingenua, pero muchas veces válida y sincera efusión, transparentadora de la bulliciosa bahía de origen, de las solares y estimulantes «rabonas» hacia el mar, frente a Cádiz, de los pocos años, dichosamente marcados —y para siempre, lo sé bien— con esos fulgores ribereños. Así, son el lenguaje y el dominio retórico, magistrales ya y jamás desasistidos de sal ni de sorpresas expresivas, los elementos sustanciales de estos primeros libros albertianos, el abandono de cuyas formas y temas —formas y temas que el poeta cultivaría en adelante mucho más ocasionalmente— se presiente ya en *El alba del alhelí,* donde parecen menudear en mayor proporción las composiciones, tal vez menos sentidas, más librescas y artificiosas, que habían de producir en Alberti un cansancio de su primera etapa, cansancio confesado por él en su autobiografía *La arboleda perdida,* y el paso a una segunda época, la barroca, de la cual, y desde los primeros poemas de *Marinero en tierra,* aparecen ya evidentes señales e indicios.

Refiriéndose a la poesía festiva, así como a la epigramática, el nicaragüense Carlos Martínez Rivas me aclaró hace ya algún tiempo —fue, sobre todo, una reconvención— que es que «hay otras musas». La de Alberti en sus primeros títulos es una musa playerilla y quinceañera, ligera de otras ropas que no sean su alegría, su hermosura corporal, su natural riente. Hay, pues, en cuanto a su sustancia, que leerla y gustarla —perdón por el desliz metafórico-erótico— sonriendo o riendo abiertamente, sin olvidar que la sonrisa y la risa son también parte, bien eficaz y seria por cierto, de la vida de todos, y sin echar tampoco en saco roto el secular abolengo, la raíz preclara, los felices atavíos medievales que esa rutilante muchacha playera, la musa del tiempo gaditano de Alberti, se viste y se calza, con plenos gracejo y derecho, cuándo y cómo le viene en gana, por ejemplo para decirnos:

Vengo de los comedores
que dan al Jardín de Amores.

«Macetas» es el subtítulo que puso Rafael Alberti a la sección de *Marinero en tierra* en la que se encuentra el bello ejercicio cuyos dos primeros versos —que son también los últimos— acabamos de transcribir, y en verdad que ese subtítulo podría extenderse a la totalidad de sus tres primeras obras, patios andaluces parcialmente penetrados de presencias de Castilla, alegres ámbitos espaciosos,

inundados en luz y flores, junto a un Atlántico ciego de sol, y llenos de un maceterio al que no cabe pedirle más que la frescura y el júbilo que emana.

II. LA EDICION CRITICA DE MARRAST

Doctor por París y profesor del Instituto de Estudios Hispánicos de La Sorbona, Robert Marrast es un avezado especialista de nuestras letras clásicas y contemporáneas. Aportó a la enciclopedia de «La Pléyade» una «Historia del teatro español y del teatro hispanoamericano» y son numerosas sus ediciones y sus obras ensayísticas sobre temas literarios hispánicos del ayer y del hoy. Por lo que atañe a Rafael Alberti, es éste el tercer volumen que Marrast dedica al poeta gaditano, de quien editó su *Lope de Vega y la poesía contemporánea,* seguido de *La pájara pinta* (París, CRH, 1964) y *Aspects du théatre de Rafael Alberti* (París, CDU-SEDES, 1967), amén de artículos y estudios sobre el arte albertiano en muy variadas publicaciones.

La triple y presente edición de *Marinero en tierra, La amante* y *El alba del alhelí* se caracteriza, en su vertiente crítica y de estudios textuales, por tres virtudes desgraciadamente no demasiado ejercidas en el campo actual de la erudición y la crítica poéticas en lengua castellana: claridad de ideas en cuanto al sistema y a su exposición, afán superlativo de minuciosidad, precisión y congruencia en las conclusiones.

No trata Robert Marrast de descubrir Mediterráneos, sino de precisarlos mediante una cartografía crítica objetiva, asistida por todo género de elementos reales; tampoco trata de lucirse personalmente con cargo a la materia estudiada, asentando teorías gratuitas y aventuradas mediante esas conjeturales, inasequibles prosas de alambique, portadoras, en el pecado de su vanidad, de la doble penitencia de su tedio y de su habitual y consiguiente destreza para caerse de las manos a las pocas páginas. A través de un instrumento muy sencillo, pero muy completo, y fundamentalmente claro, Robert Marrast llega sin retorcimientos al fondo de lo que pretende. El conocimiento del material estudiado por Marrast en esta edición albertiana, afluye a nuestra atención sin esfuerzo y desde ángulos y enfoques facilitadores y diversos; esa cuidada, rigurosa manipulación de datos concretos, diferentes y objetivos es lo que proporciona a la obra del crítico su eficacia. Marrast investiga, acopia y ordena, no especula. Nadie tiene, resignadamente, que seguir en él capricho-

sas, trepadoras, huecas —o todo junto— apetencias teorizantes en las que se trata de embutir a la fuerza cuanto al crítico convenga y de dejar fuera cuanto no, con pretextos o sin ellos. Marrast opera exclusivamente con la realidad; no hay en su trabajo más cera que la que arde, y ésa arde muy bien y deja ver, con excelentes nitidez y contraste aquello que se trata de mostrar, no de demostrar.

Asentada la primera y más agradecible virtud del libro, su intención y su logro de claridad, pasemos a tocar el tema de su minuciosidad en el acarreo de datos útiles. Nos hemos referido ya a la pluralidad de ángulos de visión, a la amplia batería de focos distintos, situados por el crítico en torno a la obra inicial de Alberti. Pues bien: separando ahora únicamente el «foco» destinado a la cotejación de las sucesivas ediciones de los tres libros, de las correcciones, cambios y supresiones interpolados en ellos por el poeta a lo largo del tiempo, podríamos obtener una lección muy apreciable y suficiente de lo que es la evolución de un escritor, de este escritor concreto, y acaso también de otros. Tramitada por Marrast con una tenacidad sorprendente, esa evolución es seguida en su libro, verso a verso y edición a edición, mediante notas a pie de página, apéndices documentados, utilización de manuscritos, cartas y otros estudios. Pero todo ese vasto material aparece ofrecido sin farragosidades ni enredos, dosificado y distribuido de manera que, a cada momento, puedan el simple lector o el especialista consultarlo, seguirlo o prescindir de él. Y otro tanto puede decirse de la caudalosa, múltiple información albertiana que el libro aporta en otros terrenos. La introducción biográfica y crítica, de 42 apretadas páginas, resulta ejemplar en tal sentido, y lo único subjetivo en ella es la dedicatoria de Marrast: «*A mi mujer*»...

Claridad y riqueza documental no iban, finalmente, a traicionarse ni a dejarse: su fruto es una congruente precisión en las conclusiones del trabajo. No muchas, pues, como ya hemos indicado, se trata de una obra muy exegética y poco teórica —a lo justo—, pero sí sustanciales y aclaratorias. Ejemplo:

> Marinero en tierra, La amante, El alba del alhelí, *no constituyen un mundo poético cerrado, aparte, autónomo y sin relación alguna con las obras escritas más tarde y, especialmente, las que entran en la categoría de la* littérature engagée. *Los tres primeros libros de Alberti representan el primer núcleo de un universo que se va enriqueciendo cada día —y sea por mucho tiempo— con nuevas creaciones, pero sin solución de continuidad, en un constante y armonioso devenir.*

O este otro párrafo:

> *En* El alba del alhelí *le preocupan más [a Alberti, claro] los aspectos de la realidad de Rute, que chocaban ya con su innato sentido de la libertad y la justicia. Simpatiza con la húngara, en la que ve el símbolo de una vida sin trabas, al margen de una sociedad de moral rígida; le interesa la suerte del prisionero que desearía ver, como él, en libertad; le indigna la reclusión de* La encerrada, *víctima de un orden que impone leyes inhumanas a una muchacha cuya única culpabilidad se debe a que es hermosa y joven. Más o menos consciente y totalmente, Alberti proyecta su propia personalidad en estos personajes que, por las costumbres o los prejuicios erigidos en código estricto, se ven condenados a renunciar a su personalidad. Y no sólo descubre* el problema de no poder comunicar, *sino la razón fundamental de la existencia de tal problema: la incompatibilidad de ciertas reglas sociales con el armonioso desarrollo del individuo.*

Muchos y sólidos ejemplos, aparte de estos dos, podríamos invocar sobre lo que antes hemos afirmado. Pero es obvio que unas pocas notas no dan para tanto y que, por más que lo ampliásemos, éste es un pequeño trabajo crítico a un dilatado trabajo de la misma índole, cuya definitiva noticia y provecho sólo pueden producirse a través de sí mismo.

Nos contentaremos aquí, pues, con las someras indicaciones que anteceden y concluiremos indicando que, además de las ediciones cotejadas de *Marinero en tierra, La amante* y *El alba del alhelí,* las 293 páginas del libro de Robert Marrast incluyen la introducción bibliográfica y crítica que hemos mencionado al paso, una completísima noticia bibliográfica de la obra albertiana, una bibliografía escogida sobre el autor, dos apéndices y sendos índices de siglas, de primeros versos y de las doce láminas que, con dibujos y grabados de Alberti, retratos del poeta y reproducciones facsímiles de sus ediciones primeras, agracian la triple edición de «Castalia».—*FERNANDO QUIÑONES (María Auxiliadora, 5. MADRID-20).*

IGNACIO XURXO: *Cuentos.* Librería Hachette. Buenos Aires, 1971.

A finales del pasado año apareció un bello libro de narraciones cortas que viene a incrementar la ya tan amplia lista de escritores hispanoamericanos actuales, y en especial argentinos, que ofrecen sus cuentos en volumen, lista presidida por Cortázar, Rulfo, Onetti,